días de campo ¿quién nos necesita?

¿quién nos necesita?

Días de Campo

Días de Campo | ¿Quién nos necesita?

Coordinación editorial:
Samantha Cendejas
Jesús Pérez Caballero
Alan Sierra
Gabriela Castañeda

Autores:
Alejandra Avilés
Gabriela Castañeda
Samantha Cendejas
N. Samara Guzmán
Ingrid Hernández
Mauricio Patrón
Jesús Pérez Caballero
Alan Sierra

¿quién nos necesita?

Días de Campo

México
Coedición **Días de Campo** y
Taller de Ediciones Económicas
Del 17 al 24 de septiembre de 2017

¿Quién nos necesita?
Guadalajara, Jalisco, 2018

¿Quién nos necesita? es la segunda edición de la plataforma de residencias e investigación colectiva Días de Campo. Los resultados de la primera edición, Occidentes Otros, celebrada en Tapalpa, Jalisco, a finales de junio de 2016, se encuentran en www.diasdecampo.org.

Créditos de las imágenes: los autores.

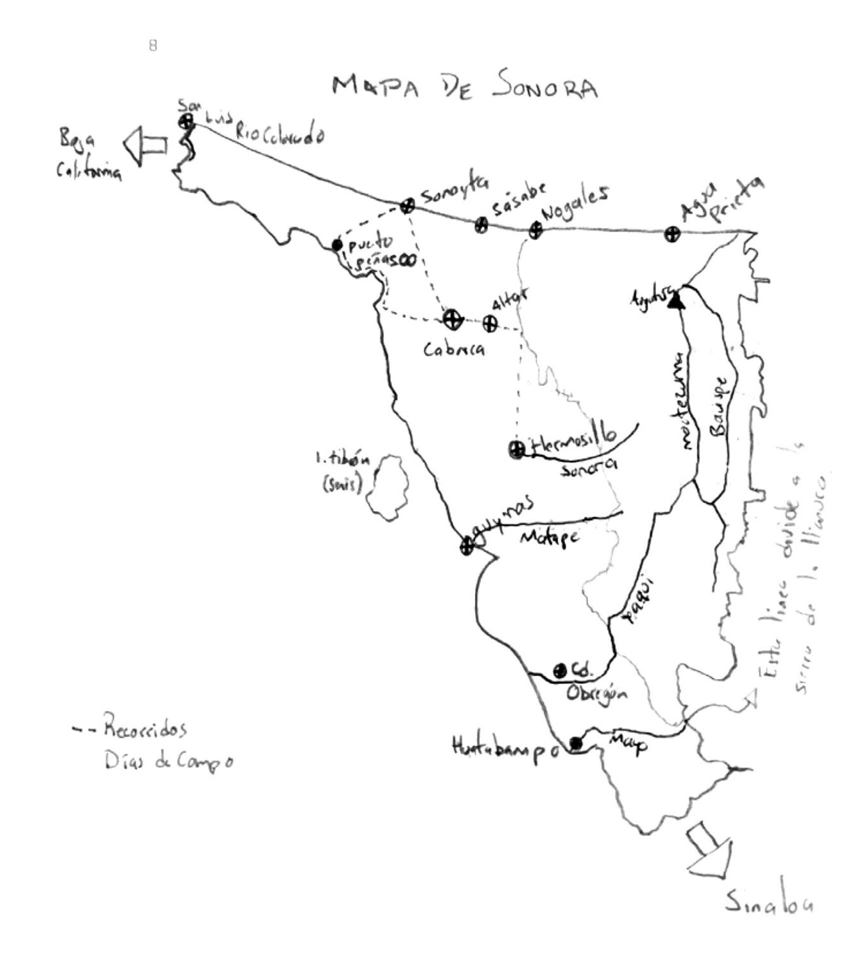
Días de campo, 2018
Taller de Ediciones Económicas, 2018

Taller de Ediciones Económicas es una editorial sin fines de lucro.
t-e-e.org

Pino Suárez 169
Guadalajara 44100

Impreso y hecho en México
Edición de 200 ejemplares







Sala de Sesiones para Días de Campo
Biblioteca Pública Municipal Prof. Eduardo Estrella Sotelo
Caborca, Sonora, México.

extensión
Asahara
Ingrid
Yared
Samuca
Miguel
Documentos de Caborca
Sonora y Minería.
Mauricio
Alan
Alejandra
Temoc
Jesús
Samantha
Gaby
extensión

Días de Campo | ¿Quién nos necesita? tuvo lugar en Caborca (Sonora, México), durante la semana del 17 al 24 de septiembre de 2017. Allí nos reunimos trece personas, entre organizadores, teóricos y artistas. El tema que nos concitó fue el de la desaparición, desde diferentes puntos de vista: estético, filosófico, moral. Nos reuníamos en la biblioteca municipal. Al inicio de la residencia, durante una expedición a la reserva El Pinacate, sucedió el terremoto en Ciudad de México. A cada uno nos afectó de un modo u otro. Una de las participantes, Zahara, tuvo que volver.

Natalia Mendoza nos compartió hipótesis y lecturas, de *Lo siniestro*, de Freud, a *Suharto, brujos*, de James T. Siegel. Ella y Miguel Fernández de Castro sugirieron visitar el ejido de El Bajío, inmerso en un conflicto minero, y nos mencionaron cosas que no habríamos visto sin ellos. Cada uno sacamos nuestras conclusiones sobre ese conflicto, que influyó no solamente en algunas dinámicas de la residencia, sino que nos conminó a preguntarnos qué hacíamos en Caborca. Por ejemplo, Temoc Camacho, tan importante en todo lo que sucedió esa semana, antes de poner en marcha la van blanca que nos transportaba, negaba con la cabeza y decía: “Lo que nos piden estos ejidatarios es visibilidad técnica, ¡visibilidad técnica, güey!”

De hecho, meses después de estar allá, ojeábamos la convocatoria lanzada para esta segunda residencia de Días de Campo. Constatamos algo: éramos muy ambiciosos. En la convocatoria nos planteábamos aspectos de este tipo: si el Estado puede prescindir del sujeto —y lo deja de manifiesto en cada caso de desaparición forzada—, entonces, ¿por qué un sujeto no podría prescindir del Estado? En cambio, en Sonora nos fue ganando la relación que como individuos teníamos con el paisaje. Continuamente surgía la cuestión de las escalas. No era tanto preguntarnos por las piedras y por los hombres, por el polvo y por el cielo, sino plantear quiénes eran los intermediarios entre esas extensiones de desierto, los tiempos geológicos y los individuos ricos y armados. O dicho de otro modo, cuál era la escala de la desaparición, no solamente de hombres, sino de hospitales abandonados en una mina abandonada.

Escribíamos en la convocatoria cómo la desaparición puede crear un marco de anulación mutua entre sujeto y Estado, y cuáles podrían ser sus posibles consecuencias... En esa línea de un neocontractualismo oscuro, Natalia nos sugirió hipótesis muy fértiles, con una base triádica. Ya no eran las tres partes de sujeto-Estado-pacto mutuo de anulación, que si se piensa bien tienen el aire a pedregoso de las tragedias de Esquilo. Natalia proponía otras líneas, más de Sófocles: Desaparición-cuerpo-escisión del nombre; desaparecido-deudo-cuerpo encontrado (sea o no el del desaparecido); o víctima-victimario-cuerpos anónimos. Las permutaciones son, como hemos dicho, fértiles. Quedaron en el aire...

El resultado de la residencia es este libro, con lo que algunos de los participantes nos han querido compartir. Ninguno de los editores pudimos releer como habríamos querido todo lo apuntado y discutido esos días. Nos centrifugaron las circunstancias y Guadalajara no fue el punto de encuentro que sí logramos en la edición de Días de Campo | Occidentes Otros. Así, un editor se mudó a la Ciudad de México, a otro lo mudaron a Matamoros… Sin embargo, el libro recoge una dispersión que no podía ser arbitraria, porque estábamos en el lugar que quisimos, tratando el tema que deseábamos encarar y escuchando historias. Una que contaba Alejandra viene al caso para comprender este libro:

Un día, una persona encontró huesos en el campo. Se le ocurrió utilizarlos para fabricarse unos cubiertos. “Al fin y al cabo, ¿quién los necesita?”, se dijo. Una noche, los huesos le hablaron. “Devuélvanos a donde nos halló”, le urgían. Lo hizo. Aunque algo era irreversible: los huesos vuelven a estar enterrados en el campo, pero transformados en un juego de cubiertos.

Si lo contrario de estar dormido no fuese estar despierto, diría que esa semana fuimos lo contrario de estar dormidos

Entonces, uno repuso que para él había sido muy difícil ver *Días de Campo | ¿Quién nos necesita?* como un grupo de estudio. Por ejemplo, en Sonora le costaba mucho pensar abstractamente. “Necesito otro tipo de paisaje, la acotación del territorio, extensiones que sean limitadas”, y no el desierto. Es curioso, porque también el mar provoca en mí ese hundimiento, y lo pienso un poco mejor cuando veo un barco navegando por él. De hecho, ahora que recuerdo, muchos participantes insistían en que los paisajes de Caborca, del Pinacate, etc., les incitaban al delirio, al sueño, a pensar en la figura del doble, a los espejismos, a lo que queda tras un incendio invisible, al aburrimiento de todas las piedras la piedra y al fracaso al que allí aboca intentar preparar comidas más allá de la carne y el marisco (nunca frutas ni verduras, nada de desayunos con pan dulce). Alguien también pedía tener en cuenta el terremoto en Ciudad de México que, desgraciadamente, había alejado nuestros pensamientos de Sonora. Es más, implícitamente, el terremoto había dividido el grupo entre quienes sentían de verdad el derrumbe y los otros, vinculados a la catástrofe intelectualmente. Los primeros sufrían por sus familiares, por sus amigos o por sus bienes. Los segundos, de otras partes de la república, lo veíamos principalmente como un invitado fatal, como la noticia obligatoria, girásemos a donde girásemos el cuello.

Todo eso hacía que Alan nos llamase “grupo afectivo”, más que de estudio. Pero ni él, ni Samantha, ni —me parece— nadie, lo vimos como algo negativo (bueno, el español sí lo vio negativo). De hecho, eso nos ayudó a alejarnos del aislamiento, elitista, de la torre de marfil, y a completar con ese punto hedonista el aspecto monacal que tenía marcharnos a Sonora como clones de Simón del desierto. Sí, yo vi que comentar las discusiones teóricas era inseparable de otras conversaciones puramente mitoteras.

Por ejemplo, yo vi la gula con la que una de las participantes comía coyotas y las recomendaba.

Yo escuché a un sonorense referirse a los muertos por el terremoto con más frialdad que la contenida en la hielera del Oxxo de la esquina.

Yo vi por primera vez la Vía Láctea, desde un rancho en Altar. Samantha nos hizo una foto en la que salíamos con nimbos.

Yo escuché que una le contaba a otra un sueño: el conductor de la van blanca se confundía cuando seguía al carro que nos iba a llevar al ejido El Bajío, y empezaba a perseguir frenéticamente a otro carro igual, que pasaba a manejar espantado, huyendo.

Hasta que estacionaba, y nosotros aparcábamos junto a él, y se bajaba un desconocido, aterrado, y los diez nos bajábamos también, y lo seguíamos hasta la misma mesa de su oficina, y al irrumpir en su lugar de trabajo, una fábrica de hielo, le pedíamos que nos saciase.

Yo vi a uno que no quiso sentarse a comer tamales con los ejidatarios, y permaneció en la van blanca percibiendo nuestra cercanía como falsa.

Yo vi que los dos perros de la entrada a la mina ocupada por los ejidatarios sí se comían los tamales que les aventaban.

Yo noté que a las sonorenses no les gustaba el sentido del humor del español, y él se repetía, intentando agradar.

Yo no fui al Pinacate, cuando todos fueron. Pero eso me salvó del momento de inesperada poscomunión entre recién desconocidos, cuando tras dejar ese paisaje brotaron los muertos del terremoto, como en un haikú.

Uno me confesó después que se sentía tan culpable por estar en Caborca que, por un instante, buscó en su cerebro una fórmula matemática que le demostrase que —él— no tuvo nada que ver con el terremoto.

Yo recibí una llamada al cel, una llamada triste y neo maltusiana, en la que ella me contaba lo poco que le importó el terremotos del 85 y lo mucho menos que le importaba el del 17.

Yo supe de uno de los artistas que al regresarse de Caborca puso un puesto de elotes, harto de no tener ni chamba, ni dinero.

Yo me pregunté, todos nos preguntamos, en voz alta, éramos un coro con los dientes afilados y los ojos inyectados en sangre: "¿Quién demonios, hoy en día, cree que perder dos malditos aviones es una excusa?".

Yo escuché llorar por dentro a un sonorense.

Yo escuché que Sonora saca lo peor de los sonorenses que regresan.

Yo por eso me pregunté: "Si estos sonorense llevan aquí toda la vida, ¿entonces tienen la lengua bífida?"

Yo asistí al furor astrológico que nos envolvió una noche, y constaté que solo el español decía "que no, hostia" a las cartas astrales, mientras que unos suspiraban por ellas religiosamente, y otros, tal vez la mayoría, las apreciaban como un preámbulo sesgado para entender mejor al desconocido de al lado.

Yo vi que algunos artistas se dormían en un taller, como si al cerrar los ojos reanudasen el viaje de vuelta al hogar, a Taxco, a Barcelona.

Aburrido, yo leía en los apuntes de uno: "Algunos sonorenses no solo comen machaca, sino que machacan conceptos". Ese tipo no escribía únicamente pendejadas, sino también cosas interesantes: "Los dobles que nos han salido en estas dos semanas en Caborca forman una circunferencia y miden el círculo en el que andábamos metidos antes de venir".

Yo leía en los apuntes de otra: "Preguntar a Samantha qué deberíamos estar haciendo, que no estemos haciendo, en las tardes".

Yo leía en el cel de otro: "Otra vez cena Bífalo".

Yo vi que en Sonora se cree en fantasmas, y no se debe a relativismo cultural.

Yo escuché a uno decir a otro: "No te equivoques, cabrón, aquí no llegaron ni los españoles ni Bolaño; llegaron los jesuitas y la imaginación de Bolaño".

Yo escuché a una que se ponía a cantar —era la misma que estaba dormida—, como si la residencia fuera en un karaoke.

Esa misma sabía mucho de teatro, conocía a Cutberto López y hablaba tan, tan bien de un grupo llamado Lagartijas Tiradas al Sol, que ahora soy fan letal de ellos.

Si lo contrario de estar dormido no fuese estar despierto, diría que esa semana estuvimos lo contrario de estar dormidos.

Yo comprobé, otra vez, que los odios y los afectos sedimentan mejor cuando se junta a unos desconocidos durante una semana, y si es en el desierto, ¡pues peor para todos!

J. Barcos Leal

Aparición voluntaria

I

Mis lentes desaparecieron. Ahí donde busqué varias veces, en escasos 40 centímetros cuadrados y a lo largo de dos días eternos, se esfumaron ¿Dónde estaban mientras me impedían ver/los? Cuando los encontré ahí mismo me di cuenta que había desaparecido mi vista, no mis lentes, y su regreso puso en duda mi realidad. ¿Qué pasaría si todo aquello que hemos perdido regresara?

II

La invisibilidad solo funciona si hay alguien que no te ve. Así pasaron un par de días, los primeros de una semana de viaje por Sonora. En este caso viajaba con un grupo fluido y relajado, coordinados como un cardumen para rodearme sin mirar. En los trayectos compartidos me iba en la cajuela de la camioneta, como alguien que se cuela de últimas, divertido, para hacerla de polizón. El problema es que al llegar al destino la puerta trasera solo abría por fuera y eso me hacía bastante olvidable. Por suerte Lael, integrante del grupo, también iba atrás, y yo aprovechaba para salir cuando le abrían la puerta; era mi estela en el mundo de lo visible.

La ventaja de mi ausencia es que me permitía hacer las cosas como en un simulacro. Como si no contaran del todo y fuera más ligera cualquier decisión.

De a poco fui apareciendo, ayudándome en trazos y gestos que otros dejaban. Remarcándolos para aparecer como un subrayado.

Aparecí ya bastante, yo diría, hacia el tercer día del episodio. Estábamos explorando la reserva natural de El Pinacate, formada por actividad volcánica en distintas etapas, el cráter Elegante hace 32 mil años, el Colorado hace 12 mil años...

Ahí, con pocos elementos y colores —azul cielo, café tierra, verde cactus, gris piedra— sentí que mi difusión disminuía e iba entrando en foco, condensándome, apareciendo poco a poco.

Ciclos y atmósferas

Cadenas de desaparición son rutinas claras, parecidas a manuales de instrucciones, y explicaciones preestablecidas, como catecismos, para el éxito actual de las desapariciones violentas en México.

El éxito de esas rutinas se mide por la capacidad de atrapar a cuerpos y desaparecerlos.

El éxito de esas explicaciones se logra con la difusión del olvido entre los no afectados directamente por la desaparición.

Ambos están vinculados a dinámicas generales, unas locales y otras nacionales.

Forman una cinta de Moebius.

La cadena de desaparición genera ciclos de pavor, que mejor se olvidan.

Si esos ciclos se han vuelto atmósferas, las atmósferas se incrustan en el paisaje.

Lo cambian.

Y las noticias que he seleccionado más abajo no son ecos, sino partes de ciclos o de atmósferas.

Una cadena de desaparición, apuntalada en sus rutinas, dispuesta como catecismo, permite a trabajadores públicos, a individuos privados y a alianzas entre ambos, remitirse a imágenes que aplaquen la visión del desaparecido.

No legitiman la desaparición, salvo sadismo, pero sí aplacan.

Sin duda, en México hay más individuos que se conciben aplacados, no culpables.

También hay mucho sádico.

¿Una forma de aplacarse?

Concentrándose el victimario en el método de la desaparición, ligándolo a su profesionalismo, a la técnica.

Así es que la cadena de la desaparición también asegura a un obtuso ejecutor automatismos exactos, manías desconcertantemente efectivas, limpiezas metódicas.

¿Cómo se popularizaron esos automatismos, manías, limpiezas metódicas?

Porque ellas dan respuestas rápidas y continuas, se popularizaron.

Frente a inquisiciones tentativas, frente a nuestras preguntas, dan respuestas rápidas y continuas, da igual si falsas o verdaderas.

Frente a la propia conciencia del victimario hay que repetirle que dan respuestas rápidas y continuas, y lo rápido y lo continuo se relacionan entre sí como el vapor con la lluvia.

Inasible, hasta que cae, transformado, sobre ti.

Las respuestas seguro tendrán que ver con el pueblo en la patria, con el hogar en el camino, con la familia en los recuerdos históricos.

¿Cuándo?

La cadena de la desaparición ayuda al mantenimiento de la estrategia de la confusión.

Vivimos en ella.

¿Cuándo?

Confusión sobre qué podemos saber y qué no podemos saber de esta violencia.

Esa confusión fue deliberadamente inducida por sectores del Estado mexicano.

¿Cuándo? ¿Cuándo?

Una política en el tiempo.

Continúa inducida por sectores del Estado mexicano.

Democratizada hoy, individuos asumen las palabras.

Las aplican con tanto rigor que las descoyuntan.

País de desaparecidos y palabras descoyuntadas.

De desaparecidos que cuando aparecen están desmembrados.

La externalización (*outsourcing*) de la estrategia de la confusión es una filosofía.

No una política, sino una filosofía.

Una filosofía del tiempo.

Son nuevas reglas, están establecidas y todavía no las entendemos.

Pero vienen de viejas normas.

Los fragmentos de noticias que he seleccionado están fechados entre 2016 y 2017, años de ediciones de Días de Campo.
Son algunas desapariciones.
Abarcan doce entidades federativas.
Acoto así, con el número doce.
Aparecía siempre el humor de ese número al tomar de noche en Caborca.

¿Sí es?
Sí es[1]
(sí es el momento donde se reconoce el cuerpo de un trabajador desaparecido, tras ser confundido por el ejército por un tomador ilegal de PEMEX)

Diez tambos con restos humanos mezclados en ácido fueron encontrados […] en el paraje conocido como Tepaxoxtla, en las faldas del volcán Popocatépetl[2]
(donde flotaban las cenizas de Tamara de Lempicka y los restos del público desaparecido por hombres armados que irrumpieron en un palenque clandestino)

"Cada semana voy a la cárcel y voy conociendo a diferentes padrotes. Algunos de ellos, después de 3 años y medio, empiezan a abrirse y a platicar lo que realmente sucede: en Tlaxcala hay casi 20 mil tratantes […]"[3]
(cada parte del cuerpo de la desaparecida segmentada para la trata y empaquetada para seguir desapareciendo en rutas abiertas por personas y sostenidas por personas con cara de oferta o de demanda)

La desaparición del 43% de las víctimas fue perpetrada por integrantes de la delincuencia, algunos identificados con los cárteles de la droga, el 16% fue desaparecida por agentes del Estado que actuaron solos, y en la desaparición del 9% de las víctimas participaron de manera conjunta agentes del Estado y grupos delictivos[4]
(por seguir numérico, en 9 de cada 10 desapariciones con violencia durante 2010-2016 en Nuevo León, los ciudadanos no estaban

sometidos a proceso o no había indicios de vínculos con algún ilícito. En casi un tercio de las desapariciones se desconoce quién fue el autor)

El torso lo tenía la PGR, pero no sabían de quién era, y en lo que salió el resultado fue otro año. […] Encontraron más restos (en el canal); de los que yo sé es de un hombre adulto ya identificado, hay otro torso de otra niña que se fue a investigarle la genética.
La fecha del fallecimiento le indicó […] no sólo que el presentimiento que tuvo entonces de que Diana había fallecido era correcto, sino también que su hija estuvo viva durante cinco meses y, sobre todo, cerca de donde había desaparecido y de donde ella la buscaba[5]
(pero no la encontró, porque ese cuerpo estaba desapareciendo, filtrándose entre búsquedas entorpecidas o negligentes, y cadenas de custodia rotas, hasta morir y vivir a la vez retenida cerca de donde desaparecía y donde se la buscaba)

"En este momento estoy viendo el video en mi celular y efectivamente es muy grave, estamos revisando qué unidades estaban en ese sector y de encontrar que se trata de unidades oficiales o de nuestros elementos, se castigará a los responsables", comentó.
El jefe policiaco no descartó que se pueda tratar de una patrulla "clonada", es decir, de las que usa la delincuencia organizada como camuflaje[6]
(pregúntate tú qué es peor, que esos ocho desaparecidos hayan sido entregados por una patrulla clonada a individuos vestidos de civil, con chalecos negros y armas largas; o que la entrega hubiera sido realizada por una patrulla oficial a otra patrulla oficial)

Mencionó que en muchos se han encontrado familiares muertos, sin embargo, esto ayuda de gran manera a las familias porque pueden darle una sepultura y contar con un espacio que esté dedicado a esa persona[7]
(lector, sepas que llaman positivo al desaparecido que aparece vivo o muerto)

-Me tenía que alinear o me matarían
-Se tiene que ir o lo tenemos que matar[8]
(es el diálogo entre un desaparecido, acusado de enmontarse y reaparecido para ser amenazado de muerte, y sus amenazadores)

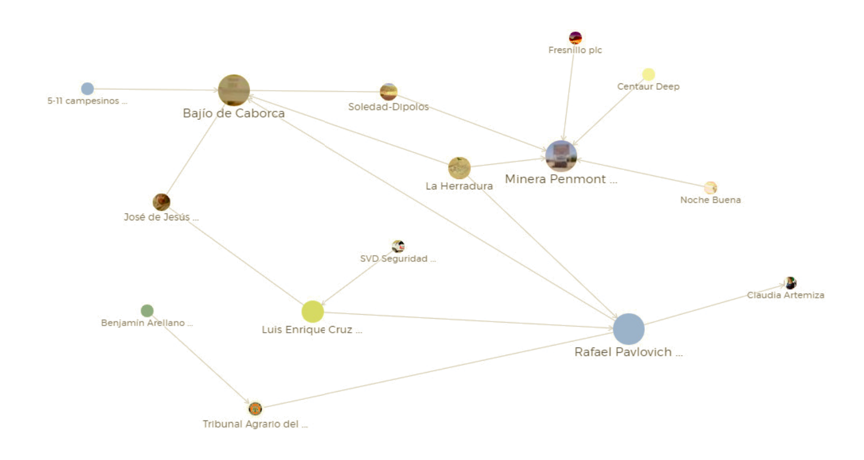


(pide posando la buscadora del desaparecido -que en la foto porta arma larga- la apertura de fosas de muertos, donde el cuerpo desaparecido estaría atrapado junto a otros miles)[9]

Cráneos, dientes, hasta fémur… Hallamos muchos huesos y están completos, esto es una victoria semiamarga, pero estamos muy contentos porque es la esperanza de muchas familias[10]

(fosa clandestina
es reloj
de
arena
que emanará
huesos
si la encuentran)

El señor Cardenal [...] había girado la instrucción de que en todas las parroquias se hiciera una lista de desaparecidos para visibilizarlos ante la sociedad, "pero nos dimos cuenta de que era una situación muy complicada porque algunas personas que buscan a sus familiares empezaron a ser amenazadas e incluso algunos sacerdotes también lo fueron" [...] "De momento, lo que hacemos las parroquias es integrar nombres a la lista de intenciones en las Misas sin mencionar que están desaparecidos"[11]
(tener miedo a desaparecer si encuentras al desaparecido)



(ejidatario —supuestamente— desaparecido por unos dizque sicarios enviados —presuntamente— por un familiar de una gobernadora durante un conflicto real por la explotación de oro y plata bajo miles de hectáreas ejidales en el desierto)[12]

***

¿Quién está más alejado de los vivos, un desaparecido o un muerto? Esa es una de las preguntas que suscitan los párrafos anteriores, y este mismo libro. Para responder, habría que asumir que se está más cerca de un muerto que se conoció que de un muerto -y también de

un vivo- desconocido. Pero estirando el argumento, me encuentro con que hay unos sujetos de los que estoy irremediablemente aún más lejos: los que nunca nacerán. Se trata de sujetos que habrían nacido si yo fuese mujer, y no hombre; o si mis padres no se hubieran conocido; o si Gandia siguiera siendo musulmana. Esos sujetos, a los que bautizaré como *hipotéticos*, habitarían uno de los extremos más alejado de mí, de todos los vivos. Hipotéticos, porque no son quimeras, es decir, entes que jamás podrán existir, sino que solo existirían si se dieran otras posibilidades (mis padres podrían no haberse conocido; España pudo haber permanecido musulmana, como el norte de África lo sigue siendo).

En el otro extremo, creo, están los desaparecidos. Los desaparecidos con violencia se transforman en el otro extremo más alejado de los vivos. Sí, estuvieron vivos antes de desaparecer; pero al perder su condición de vivos de manera artificiosa, pasan a ser también una hipótesis. Una hipótesis, y no un sueño, porque con su ausencia, los desaparecidos adquieren una fuerza extraordinaria para que los vivos exploren -a su pesar- posibilidades; una fuerza que, por cierto, es imposible de canalizar por las ceremonias habituales proporcionados por la iglesia o el Estado, como tampoco lo es el suicidio.

Según esto, puede darse una definición de qué son esos desaparecidos. Un desaparecido de forma violenta es alguien que, sin pausa y desgastándose muchas veces hasta la muerte, está moviéndose en ningún sitio hacia la corporeidad previa a su desaparición. Lo capcioso es que, a la vez e hipotéticamente, transporta a quienes lo buscan hacia todos los sitios donde no estará.

Jesús Pérez Caballero

1 Ferri, P., “Temporada de zafra, desaparición exprés en Veracruz”, *El País*, 4 de marzo de 2016, https://elpais.com/internacional/2016/03/04/mexico/1457073380_882674.html

2 Llaven, Y., “Ubican en Puebla 10 tambos con restos humanos mezclados con ácido”, *La Jornada*, 4 de marzo de 2016, http://www.jornada.unam.mx/2016/03/04/politica/010n2pol

3 Flores, N., “El negocio de la trata, boyante e impune”, *Contralínea*, 5 de junio de 2016, http://www.contralinea.com.mx/archivo-revista/2016/06/05/el-negocio-de- la-trata-boyante-e-impune/

4 Ciudadanos en Apoyo a los Derechos Humanos, A.C, *Desapariciones en Nuevo León, desde la mirada de CADHAC. Informe 2009-2016*, México, 19 de noviembre de 2016, http://www.cadhac.org/cadhac/wp-content/uploads/Informe-desapariciones-CADHAC-v2.pdf , p. 69.

5 Rodríguez, S., “Diana, de 14 años, fue víctima de trata en el Edomex: madre; aquí ‘matan mujeres porque se puede’”, *Sin Embargo*, 11 de marzo de 2017, http://www.sinembargo.mx/11-03-2017/3169729

6 *El Sol de Sinaloa*, “Policías municipales entregan detenidos a un grupo armado”, 15 de marzo de 2017, https://www.elsoldesinaloa.com.mx/policiaca/policias-municipales-entregan-detenidos-a-un-grupo-armado

7 Sasso, C.D., “Suman 22 posibles positivos de 1,700 desaparecidos en Coahuila”, *Noticias del Sol de La Laguna*, 22 de mayo de 2017, https://www.noticiasdelsoldelalaguna.com.mx/local/suman-22-posibles-positivos-de-1700-desaparecidos-en-coahuila

8 Rodríguez, M.A., “Pone una denuncia el líder del Consejo de Autotransporte en la PGR; le dijeron a su hermana que la matarían, informa”, *Sur Acapulco*, 24 de junio de 2017, http://suracapulco.mx/2/pone-una-denuncia-el-lider-del-consejo-del-autotransporte-en-la-pgr-le-dijeron-a-su-hermana-que-lo-matarian-informa/

9 Echartea, A., “No hay nada sobre la apertura de fosas”, *El Mañana*, 15 de julio de 2017, https://www.elmanana.com/nohaynadasobrelaaperturadefosas-3886794.html

10 Martínez, G., “Hallan más de 100 huesos humano en fosa clandestina en Tijuana”, *El Universal*, 15 de agosto de 2017, http://www.eluniversal.com.mx/estados/hallan-mas-de-100-huesos-humanos-en-fosa-clandestina-de-tijuana

11 Ceja, S.G., “Desaparecidos: Deuda Social del Estado”, *Semanario Arquidiocesano de Guadalajara*, 2 de septiembre de 2017, http://www.semanario.com.mx/ps/2017/09/desaparecidos-deuda- social-del-estado/

12 Conflicto minero en el Ejido Bajío de Caborca (Sonora), https://onodo.org/visualizations/18479, 19 de septiembre de 2017. La infografía es un borrador elaborado por Días de Campo durante la semana de residencia, basado exclusivamente en fuentes abiertas. Gracias por la información y los matices a Natalia Mendoza Rockwell y Miguel Fernández de Castro, que están investigando a fondo ese conflicto minero.

En Caborca estuvo como ponente Natalia Mendoza Rockwell. Los artistas que participaron fueron Alejandra Avilés, Miguel Fernández de Castro, Zahara Gómez Lucini, N. Samara Guzmán, Ingrid Hernández, Yael Martínez y Mauricio Patrón. Temoc Camacho nos ayudó en la coordinación de la residencia. La coordinación editorial ha sido de Samantha Cendejas, Jesús Pérez Caballero, Alan Sierra y Gabriela Castañeda. El diseño editorial es de Taller de Ediciones Económicas.

Esta publicación forma parte del proyecto Días de Campo | ¿Quién nos necesita?, programa de residencias artísticas e investigación colectiva dirigido por Samantha Cendejas. Realizado en Caborca, Sonora, México, en septiembre de 2017, con el apoyo de Proyecta Jalisco 2017 y la Biblioteca Pública Municipal Eduardo Estrella Sotelo. Agradecemos la dulzura logística de Jorge Sierra y Jaime Valles.

Edición de 200 ejemplares.



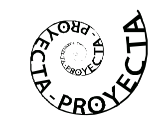
Samantha, Alan y Temoc recogiendo la camioneta antes del viaje a Caborca.

La serie de fotografías a doble página a lo largo de la publicación, incluyendo la de esta página, son autoría de Samantha Cendejas.


CONACULTA


Secretaría de Cultura
GOBIERNO DEL ESTADO DE JALISCO


JALISCO
GOBIERNO DEL ESTADO
CULTURA


PROYECTA


978-607-97605-4-0